

# Aportación vascongada al nacimiento de Castilla

---

## I

**E**L desplome fulminante y total del Estado visigodo a principios del siglo VII, dejó un panorama peninsular en ruinas, azotado por vendavales de pánico. Las gentes, enloquecidas por las acometidas musulmanas, huyeron hacia el Norte buscando amparo y protección en las escabrosidades de las sierras cantábricas, atalayas que recogieron la angustia y precipitación de los habitantes de las dilatadas mesetas, de los amplios valles y de las soleadas vegas, tendidas en vastos horizontes de sol, bajo la luz cegadora de los altos y limpios cielos de España. Un terrible destino, una desgracia al parecer irreparable les empujaba hacia los refugios de hoces salvajes y brumosos desfiladeros, de sombrías oquedades y de ingentes peñascales, revestidos de vegetación y envueltos en el silencio de las cumbres, roto solamente, por el eco sordo en la lejanía, de los rompientes y acantilados de la costa cántabra.

Y la esperanza no les defraudó. Ni el contraste violento de sus tierras abandonadas con aquellas hospitalarias fragosidades, ni la extraña sonoridad de un lenguaje ininteligible fermentaron oposiciones y antagonismos, porque la realidad del país perdido para los que llegaban y la inminente amenaza de perderle para los que ofrecían asilo, no hicieron más que acercar a unos y otros, en hondo sentimiento de unidad, inspirado por la identidad de creencias y por los peligros que acechaban a los miserables restos de aquella Patria que veían subyugada y tenían ya por perdida. Aún continuaban llegando las caravanas de fugitivos al acceso de las montañas, cuando las tareas de repoblación asentaban las bases de una organización social de carácter religioso y guerrero, dispuesto a defender primero y ensanchar después los ámbitos de aquellos viejos solares.

En este gesto de épica arrogancia nació Castilla y en contacto

con ella Alava y Vizcaya, fundidas en un ideal común de defensa, hermanadas en impulsos de desbordante vitalidad para alejar por todos los rumbos las fronteras hostiles, y la magna empresa les une, les estrecha, confunde sus anhelos y forma con distintos nombres, núcleo señero, englobado por los historiadores árabes más antiguos, en la expresión Alaba y Castilla, o los castillos de Alaba. Y fué el objeto preferente de las arremetidas de la morisma durante todo el siglo IX, sin que las fuerzas del Rey de Asturias, de quien estas comarcas dependían, pudieran evitar ni siquiera atenuar los terribles estragos de las furiosas cabalgadas de estos hombres bronceados por soles africanos que, en su incontenible impulso, alcanzaron tras la conquista de Guernica, las costas del mar cántabro, en la memorable campaña contra Alaba y Alquile (los castillos) del año 823, y llegaron en 838 a los montes de Somo de Pas, en cuya base, Sotoscueva, se incorporaba a las tristezas de una historia que extendía su manto de adversidad sobre la comunidad de aquellos fieros e indomables forjadores de altos destinos.

Hasta aquí el anónimo cubrió el nombre de los esclarecidos campeones de una naciente nacionalidad, mas en la campaña de 865, desfilan entre las resonancias victoriosas de los islamitas sombras de jefes castellanos y alaveses, difíciles de identificar, sino es Rodrigo, conde primero de Castilla y fundador de Amara, en el año 860. Sólo años después, las sombras se aclaran y perfiles rigurosamente históricos compone la silueta de Vela Jiménez y Diego Rodríguez Porcelos, condes y gobernadores de Alava y Castilla, fuertes varones de una misma familia, cuyo origen aún no ha alumbrado la luz radiante de la magnífica epopeya.

Volvieron remontando las aguas del Ebro por la Rioja, siguiendo el camino de invasión contra Alava y Castilla, el año 883, mas al intentar salvar el recinto montañoso de la llanada de Miranda, se estrellaron en los baluartes rocosos coronados por los castillos de Cellorigo y Pancorbo, y los alaveses con Vela Jiménez en el primero, y los castellanos con Diego Rodríguez en el segundo, en noble emulación de sus fuertes brazos, hicieron sentir a los enemigos las amarguras de un sangriento desastre y el sentimiento de rabiosa impotencia para reducir el pequeño territorio tan codicioso de gloria. Se cerró el camino de invasión de los nobles solares, gritos de triunfo corrieron por los crestones de aquellos ingentes peñascos, y de castilo a castillo, entre el ruidoso golpear de lanzas y escudos, sobre la fraternidad de los capitanes y la comunidad de sentimientos de sus guerreiros, se proclamó la hermandad de las armas al servicio de una

Patria que iba a señalar a sus hijos rutas de inmortalidad por los más alejados rincones del Mundo.

## II

Ahogada en angosturas, la desbordante vitalidad de nuestros antepasados, llevó el vuelo de sus ansias creadoras hacia los horizontes infinitos donde elevar los altares de la nacionalidad naciente. Un salto de los desfiladeros a las tierras altas inundadas de luz por soles estivales, a las parameras endurecidas por heladas y nevascas de largas invernadas y la creación surge por obra de hombres de perfil seco y duro, de austera condición y ánimo templado en las adversidades, tan adaptados al clima intemperante, que más bien parecen forjados por la misma tierra donde van a imprimir a sus creaciones los rasgos esenciales de su temperamento: sobriedad y concisión.

La realidad de sus ensueños batalladores va tomando corporeidad por los años 860 y 884 en la labor de los castillos de Ubierna y Burgos, y estas siluetas guerreras se incrustan en el blasón de Castilla, y como timbres heráldicos de arrogancias simbólicas no abandonarán jamás el de la ciudad burgalesa, que ya es capital, corazón y cabeza del condado castellano. Ya la repoblación avanza incoercible hacia el Sur, porque sus hombres, en doble condición de labradores y guerreros, doblan el pecho en la roturación de la tierra conquistada varonilmente le presentan en su defensa y místicamente le levantan en plegarias henchidas de fe a las esperanzas de la religión y a los destinos de una Patria que con tantos sacrificios van creando. El gran ideal enlaza en épicas jornadas a vascos y castellanos y a través de nieblas seculares, las muestras de colaboración, se rastrean en la toponimia de lugares de Montes de Oca, y en los nombres vascos que imprimen una rudeza varonil a concejos próximos a Burgos, que los documentos van exhumando. La pista de los montañeses llega a las quebradas de Lara en 958 y a las riberas del Esgueva, casi a vistas del Duero, que reflejaba ya en sus aguas estandartes castellanos de las fortalezas condales levantadas en sus riberas.

El triple esfuerzo de leoneses, castellanos y alaveses, mandados por Alvaro Herrañelliz, desvaneció en 923 con la conquista de Nájera los peligros de una invasión musulmana por rutas del Ebro, contra Alava y Castilla. La gloria del episodio bélico alcanzó al jefe alavés, sucesor de Munio Velaz, conde de Alava, identificado con el Munio que en 919 presenta por primera vez en la historia el título de conde de Vizcaya. Alava y Vizcaya constituían efectivamente en esta

centuria una e indivisible demarcación, con investidura condal, ceñida en unión de la de Castilla hacia el año 932 sobre los robustos hombros de Fernán González, y esta fusión de las dos coronas de hierro la recuerda la tradición árabe del Califato en el dolor de su carne viva, abierta en memorables proezas del campeón castellano por la amplia cuenca del Duero. El foso del Duero fué la gran obsesión fronteriza de los castellanos en el siglo X. Desde 912, los condes Muño Núñez, Gonzalo Téllez y Gonzalo Fernández, antecesores de Fernán González en el gobierno de tierras castellanas, levantaban tras ímprobos esfuerzos, sus baluartes en Roa, Clunia, Osma y San Esteban de Gormaz, pero abatidos o impotentes, no contuvieron las irrupciones islámicas del Estado cordobés, regido a la sazón por el califa Abderramán III, y la ciudad de Burgos, destruída en 920, volvió a ser saqueada e incendiada en 934. La dramática ruina del santuario de Castilla, coincidió con la trágica matanza de huestes vascongadas sacrificadas en Calatayud, al reducir los soldados de Abderramán una sublevación del gobernador de Zaragoza que aquellos apoyaban. Ni desmayos ni abatimientos. La tristeza de los repetidos desastres, era cortada por la decisión viril y rotunda del héroe castellano. «Que yo saque a Castilla del antiguo dolor». Dolor que los campos de epopeya sintieron y de cuya angustia sus hombres la liberaron. Una tradición persistente, engarzada en ingenuidades, hizo oír durante siglos ecos de maravilla, traducidos por el poeta en inspiradísimas estrofas sobre el valor indomable de los varones fuertes de Castilla, hermanos en ideal de Don Lope de Vizcaya, hijo del conde Munio de Alava y héroe como ellos en la batalla de Hacinas. Y no nos burlemos del monje poeta de Aranza por los quiméricos prodigios que creyó ver en la obtenida pelea, porque mayores obraron con su denuedo en la memorable batalla de Simancas del año 939 los castellanos y alaveses de Fernán González, en unión del leonés Ramiro II, sin que el silencio del cantor, ni la sequedad histórica de la época hayan podido sustraernos al gustoso recordar que Castilla y Alava se llenaron de copiosos despojos del más rico botín obtenido en la victoria. Simancas estaba lejos de Aranza y la temblorosa emoción del monje sólo alcanzaba la plenitud de evocación en el desfile de la larga teoría de muertos conducidos desde Hacinas para ser sepultados en la paz y silencio de la rinconada, estampando como leyenda funeraria, la bella interpretación del ideal que, en vida, había animado aquellos heroicos despojos:

«Pero non puede la muerte escusar  
El omne, pues que sabe que non puede escapar  
Debe a la su carne onrada muerte le dar».

TEOFILO LOPEZ MATA.

Burgos, 12 Junio, 1943.